

ESPAÑA PINTORESCA.



LOS MALLORQUINES.

LAS ISLAS BALEARES.

TORAVA se elevan escarpadas y distintas en el horizonte las sierras de Cataluña para el que se aleja de Barcelona, internándose en el Mediterráneo, cuando aparecen ya en el opuesto los mas altos y pintorescos montes de Mallorca, como una posada bien dispuesta á una casa de recreo que á orillas del camino brinda al descanso en la primer jornada. En igual ó mas cercana posición se encuentra Iviza respecto de Valencia; y estas dos islas, que junto con Menorca forman el grupo principal de las Baleares, no están entre sí tan apartadas que no puedan verse mutuamente desde alguna de sus costas. Sea efecto de su proximidad á la Península, sea consecuencia de la unidad de razas, de antiqüisimas revoluciones, ó de inespli-

Año VII.

cables afinidades perdidas en la noche de los tiempos ó en los designios del Criador, lo cierto es que las Baleares jamás han podido separar su historia y suerte de la del Continente español, y que por debajo del ancho y profundo brazo de mar que las separa, pasan misteriosas raíces que las hacen nutrirse de la vida y participar de las estaciones del grande árbol, del cual no parecen sino retoños. Estas islas dones, por decirlo así, de la naturaleza, y no botín de conquista como las Canarias ó fruto de colonización como las Antillas y Filipinas, mas bien que posesiones de la España pueden llamarse porciones desprendidas de su territorio mismo; y sus relaciones espontáneas con la metrópoli, tanto mas fuertes y dulces cuanto no han costado una gota de sangre á los conquistadores, ni una lágrima á los conquistados, se han fortalecido mas con los azares de una larga y variadísima historia, ora encorvadas bajo el yugo de unos mismos invasores, ora resplandecientes con un mismo esplendor y fortuna, retribuyendo aquellas la independencia y gloria que del imperio español recibían con los tesoros que redituaban de su fertilísimo seno, y con hombres nada indignos de este nombre esclarecido.

18 de diciembre de 1842.

Preciso se hace confesar, sin embargo, que las Baleares son poco menos que desconocidas en la Península, imaginadas como un lugar de soledad y fastidio cuando no de destierro, figurando apenas en los diccionarios geográficos, inmensos almacenes donde su artículo será rara vez consultado. La progresiva moda de los viajes, y los desastres de la última guerra, arrojando á Mallorca en especial una muchedumbre de españoles, han hecho conocer al menos en ella una ventaja que antes por común no se apreciaba, la paz; y de cuantos despues de haber gozado á su sombra gratos días de sosiego, han regresado al Continente, pocos hay que recordando aquel país y sus habitantes no rindan homenaje á la amenidad y belleza del primero, y á la hospitalidad de los segundos. Del silencio observado acerca de las Baleares, debemos además hacer escepcion en favor del joven y modesto autor catalán de *Los Recuerdos y Bellezas de España*, que con entusiasmo y maestría va trazando la historia de Mallorca, obra en cuyo análisis nos estenderíamos si algo valiera nuestro oscuro elogio, y si el sentimiento de envidia no ahogase en nuestros labios la voz de la alabanza.

MALLORCA, según indica su nombre mismo, es la mas importante de las Baleares, así en población como en estension y fertilidad de terreno, y bajo cualquiera de estos aspectos se considere ó mida la estadística de las islas, ella comprende siempre las dos terceras partes de la suma general. Sobre un terreno de 1254 millas cuadradas, contiene mas de 160,000 habitantes, 56 pueblos de consideracion, entre los cuales las hay de 7,000, 9,000 y 10,000 almas, se levantan en sus montes y llanuras, sin contar una porcion de lugarejos y caseríos esparrados por todas partes. Sus costas elevadísimas y escarpadas al oeste por el lado que mira al continente, bajas y tendidas por la parte de levante; y formando al norte dos grandes bahías, la de Alcudia y la de Pollensa, en correspondencia, por decirlo así, de la vastísima que domina Palma al mediodía, ofrecen en todas partes á las navas numerosos puertos, ensenadas y playas en que anclar seguramente, como si hasta la tierra participara de la hospitalidad de los moradores. Sin embargo, en sus riberas, ora sean desiertos llanos, ora montes pintorescos, no hay que buscar poblaciones que en cierto modo aguarden al viajero, aldeas que baten su pie en las aguas, y aspiren la brisa del mar, como pudiera tal vez esperarse de un pueblo agricultor á la vez y marino, y de las ventajas que de ello resultarían para la salubridad y comercio; la suelta vecindad de los herberiscos, y la saña y codicia de los piratas, de que durante cerca de tres siglos fué privilegiado objeto Mallorca, yermando la costa con frecuentes desembarcos, y ciñendo la isla como con una faja de desolacion, hizo que se ocultase en el fondo de un valle ó al amparo de un pico las poblaciones de la montaña, y se alejasen del mar dos ó tres leguas las de la llanura; y si asoma en los contornos algun predio ó alquería es con su cuadrada y maciza torre, de las cuales ninguna hay apenas que no pueda contar un sitio. Desaparecida la causa no ha podido seguirse tan pronto la desaparicion de los efectos, notándose únicamente en la solitaria costa las redondas torrecillas habitadas por un vija, que de noche encienden sus fuegos de observacion como un ojo vigilante, y de día, distinguiéndose apenas del color de las rocas sobre que están pendientes, parecen nidos de golondrina.

Mas luego de penetrar hacia dentro un corto trecho, un continuado bosque de olivos tan antiguos en muchas partes como la tierra, cuya hoja pálida y cuajada forma el mas bello contraste con el subido ver-

de de los algarrobos, y que cubre toda la parte montuosa de la isla hasta la cima de las colinas, ó bien vastísimas sementeras ó inmensos higuerales que tapizan la llanura, revelan toda la belleza y fecundidad de aquel suelo. Increíble, aunque bien palpable, es el movimiento agrícola que desde 50 años se manifiesta por todos sus puntos: caen á impulsos del ischa los antiguos bosques de pinos; los baldíos y matorrales se convierten en anchos campos de trigo y cereales, que suministrando para el abasto de la isla, hacen desconocido el azote del hambre que periódica y cruelmente sentian sus antepasados; los mas altos montes, las mas rápidas pendientes se cultivan, formando del terreno una especie de graderías que presentan á la vista un anfiteatro de verdor y un ejemplo del ingenio y laboriosidad del hombre; subdividense las propiedades, las casas se multiplican, y con ellos los huertos de frutales que las rodean casi todas; el almendra, árbol no menos bello á los ojos que útil por sus cualidades y precioso por su fruto, poco menos que extranjero allí en nuestros mismos tiempos, se ha estendido en largas hileras como una inmensa red de un extremo á otro de la isla, formando una de sus principales cosechas. Apenas queda una tercera parte en la isla de selva ó de terreno desmontado; las otras dos se reparten en sementeras, olivar, huerta y viñedo, cuyo producto limpia el año, junto con el de ganado mayor y menor, no credita menos de 22,543,590 rs. vn., que es el total de la riqueza agrícola de la isla; á la cual debe añadirse la industrial y comercial que ascenderán juntos á 700,000 rs. vn. No es extraño, pues, que la poblacion cuyo aumento corre siempre parejas con el de la riqueza, haya crecido en un quinquenio con 9,431 almas; ni que la marina y comercio adelante con igual paso que la agricultura.

Mientras así van aumentando los frutos, mas de 40 buques mayores, y casi doble número de menores, están aguardándolos en los puertos de Soller, Andraitx, Felanitx, y especialmente en el de Palma, obra tambien reciente de la mano del hombre, porque este ha hecho no poco asimismo por su patria, sin abandonarse con los brazos cruzados al benéfico influjo y dones de la naturaleza. Estendida de esta suerte la navegacion de los buques mallorquines á lo largo de las costas de España, por las aguas de Africa y por los puertos todos de las Antillas y de la América meridional, y aumentado con la última guerra el precio de los géneros y las ventajas de la exportacion, ha podido consolarse Mallorca con un poco mas de movimiento y opulencia de la pérdida de sus costumbres y de su paz, que aunque no material y exteriormente, no por esto moralmente y en lo interior se ha alterado y sufrido menos en medio de los comunes trastornos.

No menos notable que la abundancia, es el número y variedad de producciones, debida quizá á la variedad misma de terreno, que comparativamente á la estension de la isla no puede menos de admirarse, pues á vista de la alternativa de cordilleras y llanuras, de campos secos ó rebosando en fuentes, de rocas cortadas á pico ó de ondulautes y fertilísimas colinas, creeria uno hallarse á la vez en distintos climas ó países entre sí muy apartados; tanto que un viajero moderno, á quien poco por otra parte debe la isla (Jorge Sand), creyó ver en ella la sublime naturaleza de los Alpes, unida á las frondosas praderas de la Luisiana. Con todo, puede la isla considerarse como dividida en tres partes, la del Oeste, la del centro, y la del Este, division natural que corresponde casi á la territorial hecha desde 1834 en los tres partidos judiciales de Palma, Inca y Manacor.

En la parte del Este, en una dilatadísima llanura que al acabar la primavera se asemeja á un mar de espigas, merecen notarse Lluchmayor de antiguos recuerdos y moderna construcción; Campos que tiene en su término aguas minerales; Santany de tan nombradas como preciosas cuevas; la culta y populosa Felanitx al pie de un grupo de aislados montes en uno de los cuales descuellan las ruinas del régio castillo de Santueri, Manacor, pueblo de mas de 10,000 habitantes, y cabeza de uno de los tres partidos judiciales de la isla; viniendo á terminar el llano, que no cuenta menos de 14 leguas, en las cordilleras de la pintoresca *Artá*, cuya grandiosa y célebre gruta con sus bóvedas de estalactitas y con sus caprichosos grupos, remedando estalactas, realiza al parecer las maravillas de los subterráneos palacios de las hadas. En la parte del centro se encuentra rodeada de viñas y de frutales á la linda Brinjalena, á la antiquísima Ioca, célebre aún por sus ferias y uno de las cabezas de partido, y mas allá de la verde llanura de cañamo de la Puebla, hallanse, cada una en el fondo de su bahía, la romana *Polleosa (Collentia)*, y la aristocrática y leal Alcudia que despues de conseguir el nombre de ciudad á precio de su sangre, apenas llega á ser villa en el dia por mas que la ciñan aun ruinosas murallas. Pero la parte sin comparación mas frondosa y pintoresca de la isla es la del Oeste, ocupada toda por una larga cordillera de montes que empezando al extremo occidental de la isla, en las históricas playas de Calvia, teatro del desembarco y primeros triunfos de Jaime el Conquistador, termina al norte en los encombrados picos de Lluch y de Puig mayor, elevado el último 1465 metros sobre el nivel del mar. Fértiles y cultivadísimos son los territorios de toda aquella cordillera, sorprendentes y variadas en estremo las perspectivas, frecuentes y bien situadas las poblaciones que la esmaltan. Sin hablar de Andraitx, villa á un tiempo marítima y agricultora, de Esporlas, abundante en fuentes, de Bañalbufar fecunda en generosos vinos, de Puigpuent tendida al pie del elevado Galatzó, bastará para mostrar que no exajeramos citar los nombres de *Valldemosa* y *Soller*, que haciéndose casi europeos, han atraído á la isla no pocos extranjeros sin mas aliciente que la amenidad de sus campos y la pureza de sus aires. *Valldemosa* es una pobre y modesta en medio de la aspereza de sus riscos, á los que añade aun soledad y grandeza la célebre Cartuja, hoy despoblada y silenciosa; la risueña y culta *Soller*, estrechada por altos montes, respira en su embalsamado valle de naranjos, cuyos frutos llevados desde su vecino puerto á Marsella, y codiciados en Francia, forman al mismo tiempo su riqueza. Ni les cede en belleza, aunque si tal vez en fama, las laderas fresquitas por su verdor y sus arroyuelos, en las cuales se desparra una Deya, y los bosques de corpulentas encinas que rodean el santuario de Nra. Señora de Lluch el mas célebre de la isla, cuyos sombríos valles y empinados riscos pertenecen á una naturaleza verdaderamente gigantescas.

Capital de todos estos pueblos de la hermosa y fértil isla de Mallorca, es la ciudad de Palma, sentada al borde de las aguas en el fondo de su anchurosa y circular bahía, que se abre al sur, y rodeada á una legua en contorno de jardines y caseríos que forman como una población continuada, tanto por la llanura que se estiende á su Levante, como por las pintorescas y verdes colinas del Nordeste y Poniente. En una de estas, á una legua casi de la ciudad, domínandola y guardándola á un tiempo como vigilante centinela está el castillo de Bellver, de estructura gótica y forma circular, flanqueado de elegantes torres, entre las cuales sobresale la del homenaje: primero alcázar y palacio de recreo de los reyes

de Mallorca, luego fortaleza y principal defensa de la ciudad, últimamente prisión de estado, célebre por el destierro de Jovellanos y el fusilamiento de Lacy. En la misma costa, casi á los pies de Bellver, se halla el lazareto, el castillo de S. Carlos, la torre de Señas y Portopí, antiguo puerto de Palma, cuya actual estrechez haría casi dudar de que algun dia se abrigaran dentro de él 300 galeras como afirman los economistas.

Sin contar la numerosa población de sus arrabales y caseríos circunvecinos, encierra Palma dentro de sus muros mas de 36,000 habitantes. Como capital de la provincia de las Baleares, residen en ella el capitán general, la audiencia territorial, establecida desde 1572, y todas las autoridades y corporaciones provinciales; en ella vive tambien el obispo con las dignidades y funcionarios principales, como silla del obispado de Mallorca, que tuvo su origen desde el mismo siglo XIII, seis años despues de la conquista de la isla, y al cual hasta fines del último siglo estuvo agregada la de Menorca. Tenia tambien desde 1483 estudios generales que en 1663 se erigieron en Universidad, llamada Luliana del nombre de su célebre patricio Raimundo Lull, establecimiento que despues de seguir varia fortuna y de ser por dos veces cerrado en este siglo, acaba de desaparecer por decreto de 10 del pasado agosto. Ni carece tampoco de hospitales, ni de institutos y casas de beneficencia de toda clase; ni de lindos paseos de árboles que plantados en 1827 y 1835 atraviesan por en medio de la población, ni de un teatro que con las considerables mejoras últimamente recibidas, no figuraría mal entre los de segundo orden de la Península, ni en fin de cuantos requisitos de conveniencia ó ornato caracterizan las modernas ciudades, sin los cuales la mas importante y bella población, no pasará en el dia sino por un villorrio miserable.

Los fuertes y elevados muros flanqueados de baluartes y cercados de profundos y anchísimos fosos, que ciñen á Palma por todas partes, se empezaron en 1562 en reemplazo de los antiguos y ruinosos que remontaban sin duda al tiempo de los árabes, y consistían en gruesas tapias, cuyos restos y vestigios aun pueden observarse en el dia. La fabrica de los nuevos muros ocupó lo restante del siglo XVI y todo el XVII, y hasta 1801 no se concluyó una parte de ellos que dá sobre el mar. Por lo demas, virgenes de sangre y de resistencia todavía, sin haber jamás vomitado la muerte desde lo alto, ni recibido en su espesor alguna destructora bala, no han tenido hasta aquí otro uso que el inocente y agradable de servir de paseo al que en su gira quiere contemplar como en un panorama las distintos y varios aspectos de la ciudad y de los campos que la rodean.

No puede carecer de edificios y monumentos notables la que fué corte por mas de un siglo de un reino florido aunque pequeño, y emporio de comercio y movimiento mercantil. Apenas se la descubre en alta mar, arrojando sobre las olas, cuando la grandiosa Catedral que con su multitud de pilares piramidales, descuella toda sobre los demas edificios, atestigua la religiosidad y magnificencia de Palma, al par que la elegante Lonja demuestra la pujanza y riqueza de su antiguo tráfico, y las macizas torres del real palacio, dominadas por un ángel de bronce como veleta, recuerdan su primitivo poder y dignidad de corte. Unos treinta campanarios de otras tantas iglesias que restan allí todavía, y un subteatro de casas coronadas en su mayor parte de torrecillas y azoteas, forman lo demas del conjunto de la ciudad.

La Catedral es de tres naves, y sostenida por columnas que por su esbelta y delgado de ellas, en proporción

á su altura, forman la admiracion de todos; y si bien muchas catedrales la eclipsan en riqueza de adornos y esculturas, pocas la superan en majestad y elegancia de líneas, y en grandeza de proporciones. Quizá á esta misma magnitud debe la desnudez y hasta simplicidad que en su arquitectura se nota; pues empezada su fabrica en 1250 bajo dimensiones escesivamente vastas con relacion á las necesidades y recursos de la poblacion, y continuada con ardor y empeño en todo el siglo XIII con la proteccion régia, fué lánguidamente continuándose en los restantes por falta de fondos, viéndose á duras penas concluida en 1601, sin haber lugar á revestirla con la profusion

de adornos que el arte gótico exige mas que ninguno, ni á elevar su truncada torre hasta la altura que segun su mole exijiría. Sin embargo, en el recinto del presbiterio, conocido con el nombre de *capilla real*, y en la incomparable puerta lateral que dá al mar, es digno de notarse un trabajo delicado y minucioso. Debe observarse que este edificio de imponente elevation fué erigido en el borde mismo de un altísimo ribazo, cuyo pie batian las olas en aquel entonces.

(Se continuará.)

J. M. QUADRADO.



LOYOLA.

SOBRE la márgen derecha del Urola, y á distancia de un cuarto de legua de la villa de Azpeitia, está el célebre santuario de *Loyola*, llamado la maravilla de Guipúzcoa, por los ilustrados redactores del diccionario Geográfico-Histórico de la academia. Fué construido este magnífico edificio en el reinado de Carlos II, y bajo la direccion del arquitecto romano Carlos Fontana, enviado al efecto

desde Roma, por el propósito general de los jesuitas Carlos Noyella. Eligióse para la construccion de esta grande obra el sitio en que se halla el antiguo solar de *Loyola* cedido por sus poseedores los marqueses de Alcañices en 1681, á la reina madre Doña María Ana de Austria, la cual hizo nueva cesion á la compañía de Jesus, con el objeto de que se fundase un colegio del que se de-

claró patrona, traspasando después el patronato en su hijo el rey Carlos II. y todos sus sucesores en el trono. Aceptado por el mencionado rey, dió este un decreto en 1685, mandando quedase incorporado en el patronato real el nuevo colegio, y que al construirle se conservase sin el menor deterioro la casa en que nació S. Ignacio, por respeto á su venerable antigüedad. Bajo tales auspicios se comenzó y llevó á cabo tan grandiosa empresa, habiéndose construido el santuario con tal esmero y profusión, que será muy corto el número de los que en riqueza y suntuosidad le igualen; á pesar de haber participado, y no poco, del mal gusto que á la sazón reinaba.

Las montañas que rodean al convento, las arboledas y caseríos que á la vista por todos lados se ofrecen, el Urola con sus frondosas riberas, y Loyola, imponente objeto que á esta escena preside, forman un conjunto tan grandioso como pintoresco, digno por cierto de una minuciosa descripción. Ceñidos empero á los estrechos límites que nos hemos marcado al escribir este artículo, y en obsequio de la brevedad, diremos que solo viendo la bellissima escalinata, la ostentosa portada y la hermosa cúpula de Loyola se puede formar una idea exacta de su magnificencia, del entusiasmo que causan, y de las religiosas y sublimes ideas que tales objetos inspiran.

La planta de este edificio, trazada por el mencionado Fontana, representa una águila al vuelo, siendo el cuerpo la iglesia, el pico la portada, las alas la casa santa y el colegio, y la cola varias oficinas de la casa.

Digna es de particular mención la elegante y magestuosa escalinata que por tres ramales, uno mayor en el medio, y dos menores á los lados, conduce á un descanso desde el cual sigue un solo ramal que termina á la entrada del pórtico, teniendo en todos sus correspondientes balaustradas con bolas y leones en los extremos. La portada es de figura convexa, y consiste en un solo cuerpo con tres arcos, de los cuales solo se entra por el del centro, al que adornan cuatro columnas é igual número de pilastras á cada uno de los dos restantes, terminando el todo con un frontispicio triangular en el medio y balaustradas en los costados. Son de péximo gusto los capiteles de las columnas y pilastras, así como los adornos del cornisamento, y es lástima, porque además de las ya referidas circunstancias, el estar fabricado de mármoles pulimentados hace que el vestibulo de esta iglesia imprima en el ánimo del observador el mas profundo respeto. Llena la imaginación de las sublimes ideas y de los sentimientos religiosos que indispensablemente se ofrecen cuando reconocemos esos portentosos monumentos, pruebas irrefragables de la piedad, de la ilustración y de la opulencia de nuestros pasados, se entra en el grandioso pórtico, notable por su excelente construcción material, y por los cuatro estatuas que le decoran. Hay en él varias puertas pequeñas con frontispicios triangulares, y en el medio y entre dos columnas salomónicas, está la entrada principal de la iglesia.

Esta es una rotunda de 151 pies de diametro. Elévanse en su centro ocho grandes pilares ó machones, sobre cuyas impostas giran otras tantos arcos, que contienen la cúpula de 75 pies de diametro. Las pilastras y el cornisamento de la iglesia son del mismo gusto esprichoso y depravado que hemos notado en la portada. No es de mejor gusto el retablo mayor, si bien merecen atención sus bellos mármoles y los preciosos mosaicos que le enriquecen; por lo demás sobre estar mal situado consiste en un solo cuerpo de columnas espirales, y el intercolumnio una enjye de S. Ignacio colocada en el sitio que ocupó la riquísima estatua de plata que hizo en Roma el escultor Don Francisco Vergara á espensas de la compañía de Ca-

recas, que veneraba á dicho santo, como patrono, por lo que regaló á su santuario de Loyola esta preciosa alhaja que hace algunos años desapareció. A los lados del altar mayor hay dos sacristías. Ocho puertas pequeñas dan comunicacion á la iglesia con el colegio, con la casa-santa y con las referidas sacristías. La cúpula, única en el país vascongado, es toda de piedra, tiene en el tambor ocho ventanas y termina con una linterna á los 200 pies de altura. El aspecto del templo es muy triste; su misma magnificencia, su forma rotunda, y el color oscuro de los mármoles perfectamente pulimentados, le dan el aspecto de un panteon. Es tambien digno de notarse que esta iglesia es la sola que está bien pavimentada en todo el país.

Saliendo del templo que ocupa el centro de la fábrica, se pasa al espacioso convento, cuya fachada no adolece de los defectos que hemos indicado en el santuario, por un pórtico inútil, y que desfigura bastante la sencilla fachada; se entra á la casa, cuya suntuosa escalera, así como los tránsitos, salas, refectorio con retratos de las varones mas célebres de la estinguida compañía, y mas que todo su copiosa biblioteca, llenan de admiracion al viajero y acreditan, como dice el Sr. Abella (1), el título que tenia esta casa de imperial.

Uno de los objetos mas notables de este santuario es la *casa santa*, así llamada por haber nacido en ella San Ignacio. Es una de las torres que mandó demoler Enrique IV cuando los bandos Oñecino y Gamboino afligian al país vascongado con largas y sangrientas guerras. Conservase este antiguo é ilustre solar como engastado en el nuevo edificio, y nada se ha omitido para que aparezca con el correspondiente decoro á la vista de la multitud de personas, que por devocion á curiosidad, continuamente le visitan. Su fachada nada ofrece de particular: labrada de piedra-tasca y ladrillo, no tiene otro ornato que acredite su antigüedad, fuera de un sencilla escudo de armas colocado sobre su puerta. Consiste de tres pisos, y en el tercero subsiste la santa capilla, de lo que se nota riqueza y profusion, al par que notables desproporciones y pésimo gusto. En su techo, al que una persona de mediana estatura toca con la mano, hay tres bajos relieves ejecutados por el escultor portugués Jacinto de Vieira, quien los trabajó solo por la veneracion que profesaba al santo. Representa el primero á San Ignacio con un crucifijo predicando al pueblo de Azpeitia. En el segundo se vé al mismo santo dando la bandera de la fé á San Francisco Javier para su mision á las Indias. Vése en el tercero á San Francisco de Borja vestido de grande de España arrojándose á los pies de Ignacio. Entre las muchas curiosidades y preciosas reliquias que en esta casa santa se conservan, merecen citarse el cáliz con que celebró la primera misa S. Francisco de Borja, y un dedo de San Ignacio que enviaron de Roma á la reina Doña Margarita de Austria, esposa de Felipe III, y que colocó en esta capilla un individuo de la compañía. Dignos son tambien de mencionarse las tres altares de plata que para la pieza (hoy capilla) en que San Ignacio convaleció de sus heridas, trabajó el famoso platero español Daniel Gutierrez, y que por desgracia no existen.

Estas son en bosquejo y ligeramente descritas las preciosidades del célebre santuario de Loyola, y aconsejamos á las personas curiosas lean la descripción que de él hacen los Bolandos, (Julio, tomo 7.º, página 777.)

Antes de concluir este artículo creemos necesario hablar de la gran romería que á fines de julio se celebra en este

(1) Diccionario geográfico-histórico de Navarra y provincias vascongadas, por la academia de la literatura, art. Loyola.

sito, y que atrae multitud de gentes de diferentes puntos, y muy particularmente de las tres provincias. Los bailes, los fuegos artificiales, las corridas que tanto llaman la atención de los naturales del país la constituyen la primera de las romerías de las tres provincias.

¡Quiera Dios que á este insignie santuario no le quepa la misma suerte que á otros no menos insignes ha caído!

J. M. DE EGDREN.

Las fiestas de lugar.

Querido primo: me alegraré que al recibo de estas liales con tan buena salud como para mí deseo amen: Sirve la presente para recordarte que dentro de pocos días son las fiestas de la degollación de S. Juan Bautista, patrona de este lugar y reunido este año en mi persona los cargos de Pregoste de la cofradía y alcalde primero deste lugar de Vericuetos de abajo aspirante á juzgado y con *insignias* de cabeza de provincia he determinado echar la casa por la ventana y quisiera por tanto que vinieras aquí á divertirme que si le divertirás.

Y para que te decidas aun mas has de saber que ademas de la Misa de tres en ringla hoguera y trabucos tenemos danza de moros y cristianos *jubilillo* por la noche y la víspera tres toros y si vienes tu tendremos cuatro.....»

—Alto ahí señor primo, que soy soltero y hasta de pulgas, que esto mas bien que carta de convite parece carta de pega.—

De esta suerte no pude menos de apostrofar al recibir la carta que va colocada como en cabeza de autos; la cual me llegó por conducto del cartero de Vericuetos de abajo, y con asistencia de su paquebote usual por ser país de secano. A pesar del mal humor que al pronto me causó, con todo caí en la tentación de ir allá: Dios me lo tome en cuenta y me lo descuente de purgatorio. Por tanto 8 días despues aproveché la ocasion del regreso periódico del susodicho paquebote para trasmutar á Vericuetos, despues de haber gastado nada mas que cinco días para despedirme de todos mis parientes, amigos y bienhechores (como es de rigor entre gente de buena crianza), y otro por añadidura para sacar el consabido pasaporte, segun lo que ordenan *sabidamente* las leyes, que felizmente nos gobiernan. La travesía fué feliz, gracias á Dios y á S. Rafael, abogado de los caminantes (que por fuerza le han de dar mucho que hacer los de España), y en ocho horas nada mas, logramos atravesar las cuatro leguas que nos separaban de Vericuetos.

Aquí fué preciso repetir todo el ceremonial de recibir y pagar visitas, en lo que nos entreluvimos exclusivamente cuatro días. En esta agradable ocupacion nos sorprendió la víspera de la fiesta anunciada desde mediodía con repique general de campanas, y campanillos, tocosos á vuelo, alternando en los intermedios con una marcha grandera improvisada en las campanas por los chicos de la escuela. Al mismo tiempo para hacer el contrapunto de esta estrepitosa armonia se encargó el pregonero de disparar en el cerro de las Cruces los trabucos de la villa, especies de mesquetes, que cargaba con media libra de pólvora y otra media de carbon, todo ello á costa del ayuntamiento, que suministraba para tacos los pa-

peles del archivo concejil. El mismo pregonero habia avisado con anticipacion á los vecinos á son de tambor, que abriesen las ventanas para que no se rompiesen los vidrios.

Nada diré del escopeteo que habia por el resto del lugar, ni de los novillos que se corrieron aquella misma tarde, y que fueron muertos á limpio garrotazo, porque estas son cosas que puede cualquiera español verlas en su lugar sobre poco mas ó menos. Lo mas chocante era que contra la costumbre general en el pueblo á que aludimos, esta funcion precedia al día de la fiesta, bien fuese porque profesáran aquella máxima que dice, «que por la víspera se conoce al santo» ó mas bien por otra costumbre de que hablaremos luego.

Aquella noche, poco despues de puesto el sol se encendió en la plaza una enorme hoguera para la cual tuvo que contribuir cada vecino con una carga de leña ó de sarmientos. Allí habiera querido yo ver (en la plaza, no en la hoguera) á todos esos economistas indigestos que se quejan del mal estado de nuestros montes, y despilfarrar del combustible. Allí era el ver saltar al son de la gaita 30 ó 40 mozancones de uno y otro sexo, y bailar al rededor de la hoguera, cosa muy útil para escitar la transpiracion en el mes de agosto. Otro centenar de muchachos, todos ellos vestidos poco mas ó menos como nuestro padre Adán, con las hojas de la higuera, retozaban igualmente en torno de aquel monte de leña, ó saltaban al través de ella con un poco peligro de sus pelos, y no menor indignacion del cura que tenia sus visos de anticuario, y hacia deribar aquella costumbre del culto de *Moloch*, si bien los chicos así se cuidaban de *Moloch*, como del Preste Juan de las Indias.

De repente se oyó aproximarse una confusa algazara de gente que corria y alborotaba á un mismo tiempo: todos nos levantamos presurosos de nuestros asientos, y las curas suspendieron la malilla y tiraron las cartas. El ruido no era sin fundamento: al llegar al balcon vimos venir un toro amarrado de una cuerda, de la que tiraban tres ó cuatro hombres. Los bailarines habian desaparecido, y la hoguera estaba desierta.

Ya se vé, la gente no habia quedado harta de toros, y trataba de seguir disfrutando aquel espectáculo, que en España es el mas socorrido. A pesar de que la hoguera iluminaba muy bien la plaza, idearon los inventores de la corrida nocturna que el toro mismo llevase la iluminacion á donde quiera que fuese, para que nadie se quejase de que le habia cogido á oscuras. Esto lo consiguieron con el sencillo medio de poner al toro en las astas unas bolas de pez y de resina, á las cuales pegaron fuego, á esto llaman en Aragon *jubilillo*, ó toro de ronda: para que el toro no muriese tan pronto le habian llenado todo el cuello y espalda de barro, y cubrieron su cabeza con unas chapas de plomo. Esto no impedia que los lamparones de pez que caían levantasen un olor insoportable á chamasquina, de modo que cuando al cabo de dos horas se le antojó al animalito morir, despues de haber favorecido con aspergas y tocarrones á varios aficionados, estaba ya medianamente asado, y casi no habia mas que principiar á cortar.

Al día siguiente, despues de la misa mayor y el sermón, en el cual el P. predicador nos probó hasta la evidencia que el santo del día *estaba en condelero*, principiaron los preparativos para las danzas. Ya desde por la mañana habian aparecido por las calles dos comparsas, una de moros y otra de cristianos. Estas camaban bajo la proteccion del zógel, que por cierto era el hijo del escribano, el cual mas bien que ángel, era un diablo suelto. Los moros llevaban delante al diablo, papel que desempeñaba á las mil maravillas el herrero, el hombre

mas feo que quizá haya habido desde los tiempos de Cuasimodo el campanero hasta nuestros días. Para realizar mas su fealdad, si es que lo necesitaba, se habia puesto una gran piel de lobo (sin perjuicio del que solia llevar por dentro), y una cola de huey por apéndice: la cara, los brazos y las piernas se las habia huntado con el cascó de su fragua, de modo que no habia mas que pedir. Estaba tan feo, que le solia el cura tomar por ejemplo cuando explicaba la doctrina á los muchachos: «el pecado (les decia) es una cosa mucho mas fea y espantosa, que el herrero cuando hace de diablo en las fiestas del yetaño.»— La comparsa que el presidia iba equipada á lo morisco, aunque con trajes tan ideales, que en Africa probablemente los hubieran tenido por trajes de máscara. Los cristianos iban armados de espadines, y llevaban unas gorras de carton, con un escapulario en media á manera de las que usaban los granaderos á principios del presente siglo. Llevaban tambien pantalón blanco atado por abajo, y un toulele, si es que toulele hemos de llamar á las respicoteadas enaguas de la parienta.

Luego, pues, que se reunió en la plaza de la iglesia toda la aristocracia del lugar y de sus inmediaciones, bajo la presidencia de mi primo el alcalde, el señor cura, el P. predicador y los regidores, se presentaron en medio de ella los 12 cristianos á son de trompeta, precedidos del ángel y de su gefe, que se distinguía de los demas por la mayor cantidad de cintas y lentejuelas, y la mejor calidad de sus vestidos.

En seguida entraron los moros á son de tambor precedidos igualmente de su gefe, á quien llamaban Muza, y seguidos del diablo: venia este haciendo muecas y travessuras, y asustando á las mujeres, contra las cuales dirigia principalmente sus embestidas el maligno tentador, sin duda por imitarlo al natural. Llegó esto á tal punto, que cuando el diablo se decia hacia algun corro de mujeres, se ponian estas en defensa como las vacas cuando las embiste un lobo, y en tal estado permanecian hasta que llegaba el ángel, á cuya vista hiza el diablo.

La funcion principió por un baile bastante vistoso entre moros y cristianos, mezclándose unos con otros al son de la gaita y el tambor, y descargando golpes á compás sobre los broqueles que habian tomado, los cuales, de paso sea dicho, eran las tapaderas de las tinojas. En seguida rodearon un palo, del que podian 24 cintas que tejieron y destejieron varias veces, haciendo graciosos juguetes y vistosos grupos. A veces los moros doblaban una rodilla, y los cristianos sostenian al ángel en un broquel colocado sobre la cabeza del diablo; otras veces obligaban á los moros á desfilar bajo una bóveda de espadas cual si pasaran por las horcas caudinas. Todos estos bailes eran inventados y dirigidos por el maestro de escuela del lugar, primer coreografo de toda aquella tierra: la ejecucion fué bastante buena, y los danzantes echaron el resto de su rústica agilidad.

En seguida principió la batalla entre moros y cristianos, precedida de una embajada, que recitó á los moros el carpintero del lugar, que la dijo esá sin tropezar, y eso que no la habia estudiado mas que unos tres meses, y habia desgastado las yemas de los dedos á pura roerlas, mientras superaba aquellas escabrosidades. Como no era ningun trozo de elocuencia, creo mejor hacer gracia de él á los lectores. La batalla se redujo tambien á otro baile: ¿cuantos oficiales harian prodigios de valor, si todas las batallas fueran como esta! Las dos comparsas descargaban golpes á compás, ora avanzando, ora perdiendo terreno, unas veces circunvalando á sus contrarios, otras dividiéndose en pequeños grupos. Llegó por fin al momento en que los dos gefes se hallaron cuer-

po á cuerpo y mano á mano, y principiaron un combate personal como en otro tiempo Turno y Eneas bajo los muros de Loreto. La pelea no fué dudosa, siendo los cristianos los que la habian inventado; el gefe de estos cual otro Eneas, desarmó á Muza, que venia á ser el gefe de los Rutulos, y le hizo prisionero: en Africa á buen seguro que hubiera tenido la reyerta un éxito enteramente contrario. Los cristianos se arrojaron sobre los moros, y con no poco trabajo lograron desarmarlos.

Fué el caso, que al dar un quite uno de los cristianos, inadvertidamente le hizo al moro besar la cruz, saltiguándole con su espada. El moro, que era un mozo de malas pulgas, sacudió un sablazo al cristiano y le deshizo la gorra de carton: el cristiano volvió por su honra, acudieron de una y otra parte, y se trabó una refriega que pudo traer serias consecuencias. Rodaban por el suelo turbantes y gorras: Muza pugnaba por desatarse, y exortaba á los suyos blasfemando como un sarraceno, y las gantes entre tanto reian á moco tendido diciendo: «¿con qué naturalidá que lo hacen!» La cosa se iba poniendo seria, y los moros haciendo valer sus sables y sus puños contra los débiles espadines de los cristianos, principiaban á renovar aquello de:

vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos,

Quando por fortuna al diablo le ocurrió meter puz por esta vez y sin ejemplar, y entrando por medio de los combatientes principió á disparar puñadas á derecha é izquierda, diciendo al mismo tiempo «¿qué haceis animales? ¿no veis que esto vá de mentircas?» La influencia del diablo debia ser grande sobre aquella gente, pues á su voz depusieron las armas, si bien protestando la entrega.

Procedióse en seguida á castigar al moro Muza, y se le condenó á ser afusilado. En lugar del original sacaron un maniquí con una enorme joroba, y montado sobre un pollino: á su lado un lego de S. Francisco, segunda edicion de fray Antolin, le iba ayudando á bien morir, presentándole una bota de vino y un jamon. De la joroba del peléle salió al tiempo de afusilarle una gran cantidad de vino, pues la joroba era una basija llena de aquel licor: este espectáculo hizo reir mucho al concurso.

Únicamente faltaba ya castigar al diablo, á quien se suponía autor de todas aquellas trapisondas: pero esto era mas que difícil. Es el caso que siempre que el ángel tocaba al diablo tenia este que echarse en el suelo, y el ángel ponía el pie sobre su cabeza, como retablo de S. Miguel. En una de aquellas al angelito, que era de la piel de su padre, tuvo la feliz ocurrencia de pinchar al diablo en las narices con la punta de su espada: pegó el herrero un corcoba, y dió con su altura angélica en el suelo. Esto no estaba anunciado en el programa, y el diablo habia desaparecido faltando deste modo á su papel al tiempo que afusilaban á su protegido Muza. En vano le buscaron en la iglesia ni en el cementerio, pues el pobre estaba honradamente entretenido en la taberna, de donde le trajeron para ser afusilado con pólvora.

Con esto concluyó la fiesta, y los espectadores forasteros, de condiccion pacífica, se marcharon á sus pueblos, ó á refugiarse en las casas de sus amigos. Por una costumbre tan mala como antigua se usa en Vericuetos, que si cojeu el día de la fiesta por la tarde algunos forasteros por la calle, los amarran juntos á un yugo, y echándeles un arado los pasean en esta forma por las calles del lugar: costumbre inhospitalaria, que contrasta con su anterior

desprendimiento y agasajo (1). Esto solía producir, como es natural, hostiles reyertas, y cuando los de Vericuetos salían por los pueblos comarcanos, tenían que sufrir iguales y aun peores insultos, y á veces se veían escenas parecidas á las que pintó Cervantes en la aventura del rebuzno, armándose los pueblos unos contra otros, y saliendo en son de guerra.

A fuerza de amenazas y de energía había logrado mi primo el alcalde evitar aquel año que se hiciese insulto ninguno á los forasteros, intimidando á los díscolos y animando á los huéspedes á quedarse. Pero otra circunstancia imprevista hizo que las fiestas concluyesen aquella tarde misma de un modo desagradable. Varios forasteros que había en la taberna trataron de pagar el gasto que habían echo: los de Vericuetos, por un exceso de generosidad, que contrastaba con su antigua costumbre, se indignaron de que los forasteros quisieran pagar donde estaban ellos: insistieron los forasteros, replicaron los del lugar; de las palabras vinieron á los insultos, de los insultos á las puñadas, y saliendo fuera del pueblo se concluyó la función á palos, como los sáinetes, y á pedradas como todas las fiestas de lugar.

UN AFICIONADO LUGAREÑO.

A UNA FLOR TRONCHADA.

¡Flor que yaces en el suelo
Tronchada por la tormenta!
No te quejes que cruenta
Contigo la suerte fué:
Que ayer te ostentaste ufana
Entre mil preciadas flores,
Y esparciste tus olores,
Que anhelante respiré.
No te quejes, que así todo
Pasa en esta triste vida,
Que tras juventud florida
Viene trémula vejez.
¿Qué mas quieres, si brillaste
Tan solo leves momentos?
Así pasan los contentos
De juvenil embriaguez.
Y gozosos, palpitantes,
Tras mentidas ilusiones,
Nos impelen las pasiones
Por una senda falaz:
Y corremos insensatos,
Como despeñado río,
Con insano desvario,
Tras una sombra fugaz.
Y dichosos ser creemos,
Y con fé cándida y ciega,

El alma incauta se entrega
Al sueño del corazón:
¡Mas ay! que huracan furioso,
De la borrascosa vida,
Troncha con mano atrevida
La flor de nuestra ilusión.
Ayer el arroyuelo
Su dirección torcía,
Y manso se venía
Tu tallo á refrescar;
La triste Filomena
Cantaba sus amores,
Cercana á tus olores,
Que ansiaba respirar.
El sol en sus destellos
Brillar te hacia hermosa;
De linda mariposa,
Fué envidia tu color:
Abeja zumbadora
Con su trompa lijera,
En tu cáliz bebiera
Balsámico licor.
Hoy yaces en el suelo,
Y tu beldad pasada,
A verte deshojada
Nadie recuerda ya;
Yo sola te contemplo,
Y al ver tu fin suspiro,
Que de la vida el jiro,
En ti pintado está.

ANGELA COBRADI.

RECTIFICACION.

En la lista de las comedias originales de los autores contemporáneos que acompañamos en el número anterior, padecemos alguna inexactitud ó omisión que debemos rectificar, como fué la de atribuir al Sr. NAVARRETE el drama de *Elcira de Albornoz*, obra del Sr. DIAZ, y al Sr. PELEGRIN la comedia de *Quien mas pone medra mas*, primera del Sr. RODRIGUEZ RUBI.—Además deben añadirse las siguientes, ya representadas.

Sr. DIAZ.—Felipe II.—Juan de Escovedo.
Sr. PACHECO.—Los siete infantes de Lara.
Sr. ESPRONCEDA.—Amor venga sus agravios.
Sr. SOLIS (D. Dionisio).—Camila.—Tello de Neyra.—La familia árabe.
Sr. GOROSTIZA (D. Pedro).—La lechuguina patética.—Las calabazas dobles.
Sr. TAPIA (D. Eugenio).—La madrastra.—La solterona.
Sr. VALLADARES y DONCEL.—Amor y nobleza.—¡Qué de apuros en tres horas!—La zarzuela interrumpida.
Sr. PELEGRIN.—A cazar me vuelvo.
Sr. NAVARRETE.—Un casamiento desigual.

ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias, cuya suscripción concluye en fin del año, se servirán renovarla con tiempo, á fin de no padecer retardo en el recibo de los números.

(1) Esta costumbre estaba aun en uso hace poco tiempo en un pueblo del alto Aragón.